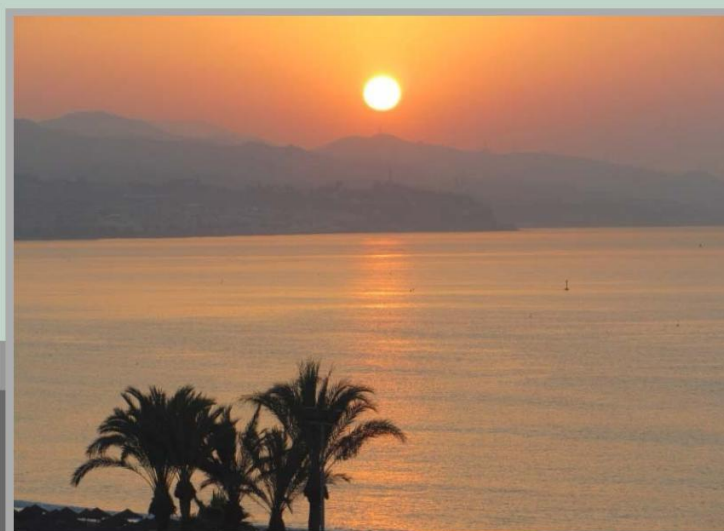


LEJANO SIGLO XX

(Novela de ciencia
y ética ficción)



Antonio García
Velasco

Antonio García Velasco

LEJANO SIGLO VEINTE

(Novela de ciencia y ética ficción)

Presentación

Mi quehacer favorito es escribir. No ignoro la inutilidad de la tarea, sobre todo teniendo en cuenta los medios actuales disponibles para registrar los aspectos todos de la vida. Pero me divierte la recreación de historias.

Recreación, sí. Porque hablo sólo de mis amigos, de nuestro mundo, de lo que, en apariencia, es conocido por todos. Aprehendo los elementos diversos de nuestras vidas y, con ellos, elaboro un relato destinado a un posible lector que conoce, o no, a los personajes, objetos y relaciones que mis páginas refieren.

Ciertamente, el hablar de lo que todos los humanos actuales conocemos, tenemos, disfrutamos y vivimos no tiene otra explicación que el prurito de dejar testimonio completo de una época, con vistas a lectores de todos los tiempos, sobre todo de los futuros. Gesto inútil, si consideramos, como ya digo y todos sabemos, que existen medios más eficaces que la palabra escrita para dejar constancia de los momentos presentes. Gesto intrascendente, si partimos de la idea de que la deformación subjetiva de mi recreación personal, por más que a mí me ayude a aclarar mis ideas y percepciones. Mi escrito, en el mejor de los casos, sólo servirá para que alguien llene unas horas ociosas de las innumerables que nuestra vida edénica nos ofrece.

Cuando termine mi libro, lo daré a leer a sus protagonistas, que celebrarán mi ocurrencia y me aconsejarán sobre si debo o no someterlo al Comité General de Difusión de Obras Literarias.

Me sentiré halagado si consideran oportuno introducirlo en la Memoria del Gran Computador Biblioteca y, más, si algún estudioso o crítico solicita su materialización en objeto libro, para disfrutar de algo más que su lectura en la pantalla del monitor de su receptor-computadora personal.

No será un libro extenso: sólo recoge historias relacionadas con mis amigos y con acontecimientos que tienen que ver con el siglo veinte de la Era Preedénica.

Aquel siglo veinte es sumamente curioso y está, como todos saben, de moda en la actualidad. Las razones son claras: según nos consta, comenzó el desarrollo tecnológico.

No sé si es por ello por lo que escribo de aquellos años, pero, en cualquier caso, el hecho de ocuparme sólo de este siglo dará unidad a mi obra y justificará su título:

Lejano siglo veinte

Era Edénica, año 3945, Noviembre.

Capítulo primero

EL ALMA DE LA PIEDRA

Lo había leído en el preciso instante de la llegada al borde de la desesperación. Saciado, sin más metas en la vida que las de contar los pelos de su propia barba, sin otros objetivos o amores que la propia contemplación, tenía ante sí un sórdido panorama de flácida inactividad. Y ello lo había llevado al precipicio exacto de la desorientación desesperada. En ese instante, por una de las casualidades que avienen en la vida de cualquier mortal, leyó el poema de un lejano autor del lejanísimo siglo veinte preedénico.

La erudición y los archivos computarizados del Profesor Celso de Sancayetano, nos ha permitido conocer el poema, el nombre del autor y algunas de las circunstancias de su existencia, incluso una fotografía desvaída y oscura del mismo. Daremos cuenta de estas razones en su momento.

El no era una excepción, y, como tantos, no había encontrado aún el privilegio de una actividad ajena a la propia contemplación, al cultivo de la propia egolatría corpórea, sensible o espiritual. No podía continuar en aquel estado. Tampoco en ello era excepcional, porque, antes que él, otros muchos no habían sabido esperar a que les llegara la hora privilegiada de trabajar y optaron por el suicidio o la locura.

Aún le quedaban muchos años para llegar a los sesenta, la edad de los privilegios, la edad del primer empleo, la edad de las obligaciones formales y las responsabilidades sociales. Había leído más de lo que podía recordar, había visitado todos los museos del mundo, había viajado por todos los rincones del universo accesible y no prohibido por razones de estado o seguridad. Había escuchado la música de todos los tiempos y de todas las culturas, había practicado toda clase de juegos y deportes, incluso se había iniciado en los misterios de ultratumba, en los que, por cierto, encontró una monotonía tan digna de abandono como falta de presupuestos fiables.

La perspectiva, pues, de pasar los años que le restaban para la mayoría de edad social en la misma desmalazada inactividad actual, lo tenía sumido en la desesperación: los placeres del amor lo saciaban, las alucinaciones provocadas por los inyectores de sensaciones artificiales le resultaban ya de una inaceptable insulsez. Los juegos y deportes, le resultaban monótonos. Y la cultura y las artes todas, la ciencia y la filosofía nada tenían que ofrecerle. Sólo le quedaba aquel estúpido mirarse en el espejo y contar los pelos de su barba, aquel aburrido empeño en la personal contemplación. Y esperar. Ya sumido en la iracundia del desesperado.

Entonces descubrió el poema:

AHONDAR HASTA EN LA PIEDRA

Es preciso ahondar hasta en la piedra:

*extraerle el corazón, cercenarlo,
ocultar las órbitas entre sus cascos,
escudriñando palmo a palmo, nervio
a nervio. Averiguar la fenda
por la que palpar los retumbos
de su aflicción, para mostrar –apenas–
un corpúsculo de la Rosa, u otra
incógnita flor –ha de ser flor– que,
como ella, sea Reina incuestionable.*

Fue por pura casualidad: al doblar una esquina tropezó con Berta del Malacitano, una candorosa joven que acababa de conseguir, después de múltiples solicitudes y entrevistas, el permiso para degustar el contacto físico con un libro antiguo. No había podido resistirse y lo llevaba abierto, hojeándolo, ojeándolo, mientras caminaba. El tropiezo de un caminante desesperado y una joven ensimismada en el goce del tacto con un libro de remotas edades, originó la caída de ambos. Y el volumen quedó por el suelo, con sus páginas abiertas o dobladas.

–Lo siento –dijo él, levantándose rápidamente y extendiendo su mano para ayudar a la muchacha.

–Es culpa mía –contestó Berta–, caminaba absorta en la lectura del libro.

–Oh, un libro antiguo –exclamó el hombre, aprestándose al recogerlo.

–Sí, acabo de conseguirlo. Se trata de una antología de autores de la tierra de mis antepasados remotos. Me ha costado mucho que el Consejo de Consulta Bibliográfica me permita sacarlo y retenerlo en casa para su estudio. Trato de doctorarme en Literatura regional antigua, pero aun así he tenido que efectuar innumerables solicitudes para alcanzar el privilegio de un contacto real y no computarizado con un libro de aquellos tiempos... Quizá lo esté aburriendo con tanta palabrería... Disculpe.